

**Avenatti de Palumbo, Cecilia**

*Literatura: una importante mediación hermenéutica para la teología*

Concilium N° 373, 2017

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Avenatti de Palumbo, Cecilia. Literatura : una importante mediación hermenéutica para la teología [en línea]. En Concilium 373, 2017. Disponible en:

Registro en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=investigacion&d=literatura-importante-mediacion-hermeneutica> [Fecha de consulta:...]

LITERATURA:  
UNA IMPORTANTE MEDIACIÓN HERMENÉUTICA  
PARA LA TEOLOGÍA

El artículo propone una renovación del modo de pensar de la teología a partir de la consideración del papel de la imaginación creadora que caracteriza a la literatura considerada como hecho estético. En base a una evaluación del estatuto interdisciplinario del diálogo entre la teología y la literatura, se señalan los aciertos y los límites del camino recorrido desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días. La ineficacia de las vías transitadas para generar una verdadera transformación del lenguaje teológico condujo a la autora a explorar otras posibilidades. El giro consiste en que la teología se mire en el espejo de la imaginación creadora como eje del quehacer literario, a fin de generar una renovación en el proceso y el modo teológico del pensar. En definitiva, se trata de recuperar la imaginación y la acción para revitalizar la teología devolviéndola a la capacidad creadora como a su fuente originaria.

---

\* CECILIA INÉS AVENATTI DE PALUMBO, nacida en Buenos Aires, está casada y es madre. Doctora en Letras, es investigadora y profesora titular ordinaria de Estética Filosófica y Teológica en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Desde 1998 dirige el Seminario Interdisciplinario Permanente de Literatura, Estética y Teología. En 2006 fue cofundadora de la Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología ([www.alalite.org](http://www.alalite.org)). Pertenece a la Sociedad Argentina de Teología, donde ha sido vocal y vicepresidenta. Ha participado en numerosos congresos y cuenta con alrededor de 250 títulos publicados sobre su especialidad, entre las que destacan: *La literatura en la estética de Hans Urs von Balthasar. Figura, drama y verdad* (Salamanca 2002), *Lenguajes de Dios para el siglo XXI. Estética, teatro y literatura como imaginarios teológicos* (Juiz de Fora 2007), *Caminos de espíritu y fuego. Mística, estética, y poesía* (Buenos Aires 2011), *Presencia y ternura. La metáfora nupcial* (Buenos Aires 2014). Además es coautora de: *Dios, el sediento Amante. Nupcialidad, pensamiento y lenguajes* (Buenos Aires 2016) y *La casa en el puente. Christophe Lebreton, huésped de fronteras* (Buenos Aires 2017).

Correo electrónico: [ceciliapalumbo52@gmail.com](mailto:ceciliapalumbo52@gmail.com)

**S**i bien las relaciones entre fe y literatura crecieron a la par del cristianismo haciendo de la Biblia su fuente primera, y aunque posteriormente la teología frecuentó con intensidades y motivaciones variadas la amplia gama de los diferentes géneros poéticos, la conciencia epistemológica interdisciplinaria se hizo explícita recién a mediados del siglo xx. Tras una prolongada preparación, llevada a cabo por teólogos que encontraron en la literatura un lenguaje revitalizador<sup>1</sup>, el Concilio Vaticano II marcó el comienzo de una nueva etapa que permitió plantear los supuestos del diálogo entre teología y literatura con sentido crítico. El texto magisterial más significativo, al que remiten todos los desarrollos posteriores, es el de *Gaudium et Spes* 62, cuyo pasaje central evocaremos aquí una vez más:

También la literatura y las artes son, a su modo, de gran importancia para la vida de la Iglesia. En efecto, se proponen expresar la naturaleza propia del hombre, sus problemas y sus experiencias en el intento de conocerse mejor a sí mismo y al mundo y de superarse; se esfuerzan por descubrir su situación en la historia y en el universo, por presentar las miserias y los gozos, sus necesidades y sus capacidades, y por bosquejar un mejor porvenir para la humanidad. Así tienen el poder de elevar la vida humana en las múltiples formas que esta reviste según los tiempos y las regiones<sup>2</sup>.

La relevancia de la literatura procede de su condición estética, dado que «en» su forma, y no a través o más allá de ella, se transparenta la esencia, lo cual se vuelve visible en razón de la luminosidad que irradia desde el fondo<sup>3</sup>. Atravesada por el signo fugaz de la temporalidad, la literatura se desarrolla en la historia, pero su lenguaje de origen simbólico apunta más allá del tiempo y de la muerte. Por ello, mediante la percepción de la forma literaria, la memoria activa, que descubre, conserva y recrea, se proyecta hacia el futuro para imaginar un mundo mejor. Esta paradójica tensión entre lo finito y

<sup>1</sup> Para mencionar solo a los maestros más representativos del siglo xx: Hans Urs von Balthasar, Charles Moeller, Romano Guardini, Henri de Lubac y Adolphe Gesché.

<sup>2</sup> Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 62; Juan Pablo II SS, *Carta a los Artistas* 11.

<sup>3</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. 1. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1986, pp. 24, 111, 141-142.

lo infinito sella su desproporción constitutiva entre lo que promete y lo que en realidad puede dar.

Dos cuestiones a tener en cuenta en el entramado de este diálogo interdisciplinario. Primero, que la iniciativa ha sido unidireccional, ya que surgió desde la teología hacia la literatura. Segundo, que, entre los cruces posibles, el diálogo se estableció entre la teología como ciencia y la literatura como hecho estético, lo cual plantea una situación asimétrica, que exige el trazado de puentes entre órdenes y lenguajes diferentes. Es precisamente allí, en el hiato entre lo universal y lo particular, entre la reflexión especulativa y la vehemencia ontológica de la poesía, donde queremos ubicar nuestra propuesta.

Para ello, primero, realizaremos una breve referencia al estatuto interdisciplinario entre teología y literatura, señalando aciertos y límites del camino recorrido. Luego, en segundo término, propondremos la imaginación creadora como puente de unidad entre ambas orillas, a fin de ofrecer un camino de renovación al modo de pensar (antes que de decir) de la teología. Con esto esperamos poder dar cuenta de la afirmación hecha en el título acerca de la importancia de la literatura como mediación hermenéutica para la teología.

## I. ¿Qué busca la teología en la literatura?

### Tipología de las mediaciones

Intentar una presentación del estado de la cuestión del diálogo interdisciplinario entre teología y literatura resulta una tarea casi imposible, no solo por la amplitud inabarcable de lenguas y tradiciones literarias puestas en juego, sino también por las diferencias intrateológicas de los abordajes que cubren el vasto abanico que va desde la dogmática hasta la pastoral pasando por la espiritualidad y la moral, por mencionar solo las más frecuentadas. No es este nuestro objetivo, como tampoco lo es actualizar el relevamiento metodológico ya realizado por otras investigaciones<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Cf. José Carlos Barcellos, «Literatura e teologia: perspectivas teórico-metodológicas no pensamento católico contemporâneo», en *Numen*, v. 3, n. 2 (2000) 9-30; íd., «Literatura y teología», en *Teología* XLV 96 (2008) 289-306.

Comencemos por plantear que la teología recurre a la literatura por diversos motivos, sea que se trate de narrativa, poesía o teatro, para mencionar solo los géneros clásicos. Aquí proponemos agruparlos en tres tipos básicos que se corresponden con los tres órdenes de lo humano: la dimensión teórica, que atañe al conocimiento de la verdad, la dimensión ética, que tiene como eje la praxis del bien, y la dimensión estética, que se centra en la manifestación y percepción de la belleza.

En primer lugar, la teología se acerca a la literatura por un interés temático, a partir del cual busca descubrir las resonancias teológicas en el tratamiento poético de temas religiosos universales —el sentido de la vida, el mal, la muerte, la libertad, el perdón, la fraternidad—, o bien, de temas relativos al misterio de Dios revelado en Cristo —la trinidad, la encarnación, la pascua, la iglesia, la ley y la gracia, el apocalipsis, entre otros—. Asimismo puede guiarla un deseo sincero de conocer al ser humano en sus gozos y dolores, en sus pasiones y luchas, tanto personales como comunitarias, sociales como políticas. La literatura se presenta, entonces, como una ingente cantera de conocimiento de la historia humana en la diversidad de culturas, tiempos y geografías. «El misterio del hombre», que, como dice *Gaudium et Spes*, «solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»<sup>5</sup>, encuentra en la literatura una lugar para profundizar en el conocimiento de Cristo en el hombre y del hombre en Cristo. Este es el tipo de la analogía temática que atañe al orden de la verdad.

En segundo lugar, la teología puede recurrir a la literatura en busca de una orientación práctica. Sea con un fin moralizante, catequético o simplemente didáctico, su acceso tiene un sentido instrumental, a saber, lograr a través de las imágenes y de los relatos, de las representaciones y de las figuras concretas, una captación más inmediata y efectiva del lector u oyente. Por la vía de la irradiación de lo bello, la literatura presenta el bien de un modo atractivo, lo cual es visto por la teología como posibilidad de generar un cambio real en el obrar humano. Aquí podrían reunirse los tipos de búsquedas teológicas de orden práctico que giran en torno al bien.

Finalmente, la teología puede estar motivada por la forma en sí, vale decir, por el lenguaje figural y metafórico, que es propio del dis-

---

<sup>5</sup> Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 22.

curso literario. En esta consonancia de la teología con la forma, prima la gratuidad, y la gratuidad por sobre la instrumentalidad, lo cual significa un adentramiento en el modo de ser de la literatura. Y, sin embargo, la fragua no alcanza aún su punto justo de transfiguración, ya que el lenguaje teológico no logra apropiarse del lenguaje literario de modo pleno. La afectación es muy intensa, pues la percepción y el arrebató estético son simultáneos, pero la literatura y sus efectos en tanto hecho estético siguen permaneciendo en la periferia de la teología. El lenguaje serio sigue siendo el racional; quizás el sapiencial se acerca un poco al centro, pero no el literario. Si bien hay ejemplos de teólogos como san Efrén el Sirio, que escribió su corpus completamente en forma de poesía, no son casos que puedan ser objeto de emulación, sino excepciones. Esta es la tipología estética de la forma.

En consecuencia, los caminos recorridos hasta aquí permanecen extrínsecos a la teología: en algunos casos, son meramente instrumentales, hecho que puede darse en cualquiera de los tres tipos. Esto coloca a la literatura en una posición ancilar que antes que abrir más bien clausura todo tipo de diálogo. El discurso racional sigue manteniendo la prioridad, y todo lenguaje que provenga del mundo literario, sea simbólico, metafórico o figural, sigue quedando relegado al dominio de lo irracional. ¿Cómo superar esta oposición que pareciera presentarse como irreductible? ¿Significa, entonces, que se ha llegado a un punto muerto más allá del cual no es posible avanzar? ¿Ha fracasado esta vía de vivificación del discurso teológico? ¿Acaso no se puede pensar en una mediación que, respetando las diferencias de los lenguajes, propicie un intercambio fecundo? Y si esto sucede, no será acaso el momento de dejar atrás la dirección unívoca de la teología hacia la literatura e intentar un diálogo bidireccional? ¿Más aún, no sería necesario ampliar el horizonte hacia lo transdisciplinar?

## II. La imaginación creadora: tras la huella de la mediación hermenéutica

El pensamiento filosófico viene transitando por la vía de la mediación hermenéutica desde comienzos de la década de 1960. La propuesta de Paul Ricoeur de realizar una filosofía a partir de los símbo-

los le ha conferido estatuto filosófico a una hermenéutica que ha tenido la osadía de incorporar el lenguaje literario de la metáfora y de la mimesis en el centro mismo de la renovación de su propio discurso<sup>6</sup>. «Filósofo de todos los diálogos»<sup>7</sup>, P. Ricoeur configuró su discurso filosófico a partir del encuentro con la literatura, sin perder ni en propiedad ni en estatura<sup>8</sup>. Por el contrario, ganó para la filosofía un nuevo modo de pensar en constante apertura hacia lo distinto, ese otro que es permeable a la acción ajena a la vez que irreducible en su ipseidad.

Dos cuestiones a tener en cuenta del aporte de Ricoeur. Primero, la distinción entre imaginación reproductora e imaginación creadora. La imagen no es aquí considerada como un residuo de la percepción ni está vaciada de un contenido real, sino que es presencia y revelación, actividad plena. El camino largo de la hermenéutica puede ser leído como un despliegue de esta imaginación creadora: desde el proceso de metaforización pasando por la triple mimesis hasta alcanzar la consumación en la poética del sí mismo<sup>9</sup>.

Segundo, hay que tener en cuenta que este tipo de imaginación creadora es concebido por Ricoeur sobre la base de una antropología de la desproporción entre la finitud y la infinitud. A la comprensión de la paradójica situación de la desproporción o «patética de la miseria» se llega, justamente, por vía de la imaginación creadora. En el quiebre que provoca el deseo de infinito, la imaginación realiza su acción innovadora. Este es el punto de encuentro de la teología con la literatura.

---

<sup>6</sup> Cf. Jean Greisch, *Paul Ricoeur. L'itinérance du sens*, Éditions Jérôme Millon, Grenoble 2001, pp. 136-141.

<sup>7</sup> Bajo este título apareció recapitulado su itinerario escrito a propósito de su muerte en un artículo publicado en *Le Monde*, los días 22 y 23 de mayo de 2005. Citado por François Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2013, p. 746.

<sup>8</sup> Cf. Paul Ricoeur, «La imaginación en el discurso y en la acción», en *Del texto a la acción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2001, pp. 197-218; id., *La Metáfora viva*, Ediciones Europa, Madrid 1980; id., *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Siglo XXI, México 1995.

<sup>9</sup> Cf. Marie-France Bégué, *Paul Ricoeur: La poética del sí-mismo*, Prefacio de Paul Ricoeur, Biblos, Buenos Aires 2003, pp. 24-33.

Sören Kierkegaard ya había relacionado la imaginación con la desproporción entre lo finito y lo infinito otorgándole un papel mediador de integración. Claramente la imaginación es, para él, puente hacia lo infinito y agente de integración de lo humano. Así lo señala en el *Tratado de la desesperación*:

Es cierto que lo imaginario se debe ante todo a la imaginación; pero esta líase a su vez al sentimiento, al conocimiento, a la voluntad, y así se puede tener un sentimiento, un conocimiento, un querer imaginarios. La imaginación, en general, es agente de la infinitización; no es una facultad como las otras... sino que, por así decirlo, es su *proteo*. Lo que hay de sentimiento, conocimiento y voluntad en el hombre, depende en última instancia de lo que hay en su imaginación, es decir, de la manera con que todas sus facultades se reflejan, proyectándose en la imaginación. [...] El yo, como síntesis finito e infinito, es planteado primero, existe; luego, para devenir, se proyecta sobre la pantalla de la imaginación y esto le revela lo infinito de lo posible. [...]. Entonces el campo de lo posible no deja de agrandarse a los ojos del yo, en él halla siempre más posible, puesto que ninguna realidad se forma allí<sup>10</sup>.

Es significativo el papel preeminente que el filósofo danés le otorga a la imaginación en relación con las otras facultades, justamente en su relación con lo infinito. Su potencia creadora proviene de lo posible que se abre en el horizonte. La facultad que lanza al ser humano hacia delante es precisamente la imaginación que puede bosquejar y crear.

También G. Bachelard comprendió la imaginación como actividad creadora que para él no busca conocer ni actuar, dado que no es recepción pasiva sino ensueño y contemplación libre que presenta como una disposición esencial de lo humano<sup>11</sup>.

Bajo la influencia de la hermenéutica ricoeuriana, entre los teólogos, ha sido Adolphe Gesché quien ha configurado su teología a partir del diálogo con la literatura. Su propuesta del «imaginario

---

<sup>10</sup> Sören Kierkegaard, *Tratado de la desesperación*, Leviatán, Buenos Aires 2004, pp. 46-47, 53.

<sup>11</sup> Cf. Gaston Bachelard, *La poética de la ensoñación*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá 1993.

como fiesta del sentido», con la que cierra su septualogía teológica, la imaginación creadora es presentada como mediación imprescindible. Señala al respecto:

Para descubrir o construir el sentido, el hombre no puede confiar únicamente en la racionalidad sino que necesita otro campo más amplio, el del imaginario, que es uno de aquellos lugares donde la persona busca la forma de comprenderse y dar sentido a su existencia. [...] El imaginario es, según esto, aquel espacio donde nos es posible crear, inventar. Ciertamente, también la razón nos lo permite, pero ella está ahí sobre todo para poner orden, para comprender e interpretar lo que nos pasa, y también para encauzar aquello que una imaginación desbocada podría tener de destructor y devastador. [...] El imaginario es como ese fondo inmenso, inmemorial o personal, en el que podemos sumergirnos sin cesar, como en fuentes bautismales originarias<sup>12</sup>.

A. Gesché planteó el punto de encuentro de la teología con la literatura en el imaginario como acervo cultural de la memoria colectiva. Esto es un paso significativo y se encuentra en la misma línea de valoración de la imaginación como mediación hermenéutica de nuestra propuesta, aunque con la diferencia importante de que nuestro interés no está puesto en «el imaginario», sino en el proceso que puede desencadenar la literatura por mediación de la imaginación creadora en el pensamiento teológico<sup>13</sup>.

### III. Imaginar desde la fuente originaria para crear otro modo de pensar

Mi propuesta es crear un nuevo modo de pensar teológico en el que la dimensión sensible, particular, histórica quede integrada con la dimensión intelectual a través del puente de la imaginación. No se trata de que la teología escriba en forma de novela, de poesía o de

<sup>12</sup> Adolphe Gesché, *El sentido, Dios para pensar VII*, Sígueme, Salamanca 2004, pp. 157-159.

<sup>13</sup> Cf. Nicolas Steeves, *Grâce à l'imagination. Intégrer l'imagination en théologie fondamentale*, du Cerf, París 2016.

teatro, ni tampoco que instrumentalice a la literatura sea del modo que sea. Estos caminos ya han sido transitados sin producir una verdadera transformación. En estos términos se expresaba el editorial de esta revista en el primer número dedicado al diálogo entre literatura y teología:

Desde hace algún tiempo nos apasionan las relaciones entre teología y literatura. Presentíamos unas riquezas a las que se muestra sorda una teología excesivamente dialéctica, teorizante y académica y unos recursos de expresión de que está privada. [...] La primera etapa consistirá en descubrir en qué medida las creaciones literarias pueden contener un trasfondo teológico explícito o latente. [...] Las dificultades son mayores de lo que podría parecer a primera vista. Hay que *leer* la literatura, acomodar la visión, cambiar de registro. [...] Hay que llegar más lejos y preguntarse si hay algo que solo la literatura pueda expresar, algo que ninguna teología conceptual podría formular y que la literatura expresa con rigor. [...]. En una segunda hemos tomado conciencia de cierto número de problemas fundamentales que hoy plantea la literatura a la teología. Por una parte, nos obliga a considerar una situación general del lenguaje en nuestro tiempo. Urge comprender que el lenguaje humano desborda los límites del saber, del poder y del hacer en que lo han confinado la ciencia, la técnica, una filosofía abstracta y voluntarista, una práctica política de corto alcance, y debe comportar modos capaces de expresar la existencia y la esperanza, modos en los que el hombre no dispone del lenguaje, sino que lo escucha. La literatura nos aporta el testimonio de esta posibilidad<sup>14</sup>.

Pasaron ya cuarenta años y la tarea sigue pendiente. Nuestra propuesta es realizar un aporte más a los ya hechos por tantos otros, subrayando la importancia que para la teología tiene mirarse en el espejo de la fuente creadora del lenguaje poético. De este modo nos hacemos eco de la importancia de que la teología pueda incorporar a su «modo de pensar» este núcleo distintivo del fenómeno literario que es el de la imaginación creadora.

---

<sup>14</sup> Jean-Pierre Jossua y Johannes Baptist Metz, «Presentación. Teología y Literatura», en *Concilium* 115 (1976) 157-158.

Desde los ecos que esto despierta en la teología, se trataría de gestar una nueva dirección que surja de la fuente misma del Dios revelado como Trino. El «desde dónde» de la persona que ama es el punto de partida decisivo que orienta el «hacia dónde». Hay un yo que se despierta en contacto con el tú en una reciprocidad de orígenes que la imaginación creadora puede activar. La imaginación crea a partir de la relación con el tú y se establece en el «entre» de la palabra que se manifiesta en la forma del nosotros. El misterio primigenio es el Amor trinitario, creación en acto puro. Es la imaginación la que imprime en la teología la huella de la Vida de Dios. De la huella del fuego trinitario se alimenta la imaginación teológica para que pronuncie esa nueva palabra que el hombre espera hoy.

Esto podría significar un giro imaginativo decisivo para la supervivencia de la comunicabilidad de la teología. La imaginación creadora sería la mediación entre el mundo estético de la literatura y la experiencia trinitaria que está en el origen de la palabra teológica. Se trata de mirar y de imaginar de otro modo para poder crear.

En definitiva, la literatura, que es siempre fruto de la imaginación creadora, le ofrece a la teología un espejo donde mirarse a sí misma en la palabra poética. En hospitalidad recíproca, el diálogo se realizaría en sentido transdisciplinario<sup>15</sup>. La palabra teológica y literaria compartirían entonces el común estado de abierto de un lenguaje que no cierra, que no clausura, sino que está en permanente apertura de mundos y de sentidos nuevos.

Lo creativo está sujeto al ritmo del Creador y, por tanto, cuando no se busca a sí mismo, es una respuesta de escucha y humildad ante la desproporcionada sobreabundancia del misterio que se le manifiesta. Esto es válido tanto para la literatura como para la teología. No hay que romper para crear: Dios recrea, no rompe. Se trata de confiar en la mediación para que la nueva palabra pueda emerger y todo este largo intercambio entre teología y literatura fecunde en un proyecto de comunión entre los diferentes, por la acción de nuevas imaginaciones creadoras.

---

<sup>15</sup> Cf. Sergio Rondinara, «Dalla interdisciplinarità alla transdisciplinarità», en *Sophia* 1 (2008-0) 61-70.